

EL IRIS

PERIÓDICO QUINCENAL DE LITERATURA.



DIRECCION—AGUSTIN DE VEDIA.—COLABORACION—TODAS LAS INTELIGENCIAS LITERARIAS.

La Historia antigua,

EN SUS RASGOS CAPITALES.

(Continúa.)

Compárese el fondo y el espectáculo de las dos épocas; compárese las dos encarnaciones del espíritu moderno; compárese las dos sociedades que lo han representado mejor en la antigüedad y en nuestros días, y dedúzcase.

Lo que yo deduzco es que en la época de la decadencia del espíritu civil de la Grecia, se levantaba una filosofía atrevida, que pretendía establecer el principio de la moral social y del orden político en el fondo de cada conciencia, sin más base que la libertad individual de la Razon de cada uno, renegando todas las tradiciones teocráticas que la ciencia traía del Oriente.

Vamos á ver como fué preciso que Roma destruyera por medio de sus portentosos códigos civiles, cierto principio de anarquía que encerraba necesariamente esta pretension, y que el cristianismo viniera, al mismo tiempo, á desalojar el espíritu escéptico que se había amalgamado ilegítimamente con la filosofía brillante y social de la Grecia, para que, la civilización moderna pudiera cantar su triunfo, y llegara hasta nosotros, bañada en sangre, es verdad, pero representando la alianza preciosa de la religión con la filosofía, de la creencia y de la libertad, del sacerdote y del ciudadano. A la Grecia se debe que la civilización no necesite de castas teocráticas que la alimenten, ni de templos que la protejan, sino de hombres sábios, de ciudadanos inteligentes y estudiosos, de industria y de libertad.

Voy á explicar porque motivo el espíritu de la civilización griega era progresista y trastornador, al mismo tiempo que el de la civilización oriental era definitivo y estacionario. Dos palabras me bastarán para explicarlo con claridad. El primero era filosófico, estrictamente hablando; y el otro, *teologista y religioso*: el uno creía y el otro reflexionaba. Y bien! ¿Qué es creer? creer es poseer la verdad por entero, definitivamente, sin admitir mejoras ni progresos.

Cuando la creencia abraza todos los ramos de una civilización y se hace el centro esclusivo de todas las cosas sociales, el espíritu humano se estanca, se paraliza y abdica su libertad. He aquí el espíritu oriental, he aquí el *espíritu definitivo* de los sistemas religiosos.

La Grecia no se parecía al Oriente; era progresista y revolucionaria, porque creía poco, y razonaba mucho.

Preguntémosnos ahora. ¿Que es razonar?

Razonar, es remover todas las ideas, analizar todas las teorías y todos los objetos; es tener la duda en el alma y no creer sino en los descubrimientos progresivos de la inteligencia humana. He aquí porque el espíritu griego era pro-

gresivo, y porque lo es el espíritu de toda filosofía.

Ahora pues, ¿que era lo que faltaba á la sociedad griega para representar el espíritu completo de la civilización moderna? . . . poder político y moral personal.

Entonces, justo es que abandone la escena, y que lleguen pronto Roma y la Judea á dar á la humanidad los elementos de que necesita para su completa felicidad.

El espíritu de la civilización moderna pedía, en aquella época, leyes fuertes y un Estado vigoroso: para obtenerlos necesitaba un pueblo nuevo, constituido, no como la Grecia, sino de tal modo, que la anarquía no pudiera penetrar en él, y que fuese un poderoso foco de centralización: no de un espíritu inmóvil, como los pueblos del Asia, sino capaz, por su génio mismo, de experimentar en su seno radicales revoluciones que le tengan siempre en continuo desarrollo interior, y en perpetuo movimiento de expansion.

Este pueblo, con su estado fuerte y desenvuelto, con su legislación cierta y firme, con una constitucion, en fin, que sabia crear grandes intereses nacionales, y ponerlos bajo la égida protectora, de una clase poderosa compacta y perfectamente constituida; este pueblo, apareció: su nombre es ROMA.

Queremos conocerlo bien? Oigamos al mas grande y erudito de sus poetas.

Escudent allí spirantia mollius ora,
Credo equidem: vivos ducent de marmore vultus,
Orabant causas melius, colique meatus
Describunt radio, et surcuntia sidera dicent.
Tu regere imperio populos, Romane memento:
Hæ tibi erunt artes, pacisque imponere morem,
Percere subjectis, et debellare superbo.

Tal era el destino que la predicción del padre Anquises señalaba á la futura Roma, desde la morada de los justos. Bien se vé que Virgilio conocía á fondo el carácter de su nación.

La Italia, nó era para los antiguos lo que fué la América, por tanto tiempo, para los modernos.

Basta leer á Virgilio, poeta tan sábio y tan erudito como el mas prolijo historiador, para ver que desde los tiempos fabulosos de la guerra de Troya las costas de la Italia eran frecuentadas por mucha concurrencia de extranjeros.

No sé por qué causa nos sucede á todos, que al pensar en la Antigüedad, se nos ocurre la imagen de una época de aislamiento y de paralización, de una época en que los pueblos vivían sin relaciones y sin trato recíproco; no, esta es una injusta preocupación.

Era tan grande el comercio marítimo que había en el Mediterráneo, tales las riquezas que el tráfico de mercancías había por todas sus costas, desde las columnas de Hércules hasta las embocaduras del Nilo, que quizá nó seria aven-

tarado asegurar que el comercio de hoy mismo no escóde, de un modo extraordinario, al de entónces.

Entre todos estos pueblos había tres que se habían hecho célebres y conocidos en casi todas las costas del Mediterráneo, por la extensión de su tráfico marítimo, por la habilidad con que proveían de mercaderías á todos los pueblos, por la destreza y astucia con que hacían sus tratos, por su osadía para arrostrar los peligros de la navegación, y por cierto espíritu guerrero, insolente, susceptible al mismo tiempo, sagaz, y experimentado como el de ningún otro. Estos pueblos, eran los Fenicios, los Griegos y los Etruscos.

Si queremos tener una idea de la extensión del comercio antiguo, y saber hasta donde se conocían á fondo todos los pueblos de aquella época, ocurramos á la Biblia; sobre todo, á las profetas de Isaías y de Ezequiel: allí veremos caracterizado cada pueblo, con sus hábitos, sus creencias y hasta con las producciones mismas de sus fábricas.

Si pues los Judíos, que eran entónces una nación oscura, tenían un conocimiento tan cabal de las teorías, de los hechos y de la situación moral, mercantil y política, en que el mundo estaba en esa época, puede juzgarse cuales debían ser estas comunicaciones y este amalgama de creencias y de intereses, en los pueblos mas notables de ella.

Dos son las consecuencias importantes que resultan de este hecho. Una, es relativa á la Judea, que mostrará con que principios y acreencias se elaboraba el espíritu Judío, preparando en el seno de la nación una doctrina filosófica y moral, que presajaba una gran revolución. La otra consecuencia, es, que la Italia tenía, desde los primeros tiempos, pueblos (debiera decir naciones) desenvueltos, cultos, navegantes, en fin; y que el gérmen de la civilización occidental estaba pródigamente distribuido sobre su terreno.

Las ciudades etruscas, las ciudades del país *Latino*, Cápua y Alba y tantas otras célebres desde los tiempos primitivos y fabulosos de la historia Romana, prueban hasta donde era civilizada esa Italia, aun antes de que comenzara á figurar la grande Roma. Ciertó es, que cuando Roma se sobrepuso á todas sus hermanas, han debido venir el orgullo, la vanidad y la poesía nacional, á ponderar con exajeración el desarrollo social de estas ciudades: los romanos mismos han debido exajerar el poder y las riquezas que tenían los vencidos, para dar una idea gigantesca de sus gloriosas victorias y de su grandeza militar. Pero, de ningún modo se puede dudar que Roma fué una colonia latina, una rama inferior de la gran civilización etrusca, cuyo foco era todo el país que hoy se llama la Toscana, y cuyo principal campo de acción era el mar que baña este territorio, llamado, aun hoy, Martirreno.

Roma, era un pueblo lejano de las costas mas frecuentadas del extranjero, y que casi tocaba por sus orillas con la barbarie italiana, con las razas y las tribus salvajes de las montañas. Esta posición hacia, naturalmente, que brillaran en este pueblo, de un modo notable, el jénio, las cualidades originales del espíritu, indijena italiano un taura desvanecidas en todos los otros puntos mas cercanos de la Grecia, por el roce con los intereses y los traficantes extranjeros.

La altivez, la crueldad impasible del salvaje, la astucia del tigre, el rencor, la concentración, la dureza de los sentimientos, cierta capacidad para buscar con paciencia y con frialdad el medio y el tiempo mas oportuno para

hacer triunfar una intención; y otras muchas cualidades de este género, que aun hoy día forman el fondo del verdadero carácter italiano (del carácter de los compesinos, que lo conservan puro porque el monarquismo y servilismo, dominantes en las ciudades, no se los han corrompido); mil cualidades de este género, digo, formaban la parte saliente y marcada del espíritu romano.

Aquí está este pueblo semi-bárbaro todavía, puesto en tal situación, que tiene que luchar de un modo incesante contra las tribus bárbaras, que tocan por el norte con su territorio, mientras que al medio día ve estenderse comarcas ricas, civilizadas y desenvueltas, que á la vez que encienden su codicia, le inspiran repugnancia, por el yugo colonial que le tienen impuesto. Atacado y contenido por los dos extremos, favorecido por una magnífica posición topográfica, y por el dedo de Dios que lo preparaba para grandes cosas, desenvolvía, por una consecuencia natural de su posición misma, un fuerte espíritu de concentración y de guerra; es decir, se preparaba á brillar con una gran centralización nacional, y con una poderosa fuerza de expansión: su mismo genio nacional lo preparaba para ser el Demonio de la Política y de la Guerra.

Esta posición incomodada diariamente por dos espíritus extranjeros y diametralmente opuestos, contribuía de un modo eficazísimo á la conservación y desarrollo de su genio indígena y primitivo. Aun en los tiempos mas cultos de la República, la familia romana conservó siempre el sello de la tribu bárbara: el padre de familias es el único miembro del Estado; los demás apenas son cosas. ¿Y qué es un *Patrio romano* sino un jefe de tribu? La sociedad romana, en el tiempo de su mayor gloria, no es en el fondo sino la asociación de las tribus italianas, fundadas en el molde romano.

Esta sociedad nacía, pues, con un indestructible principio aristocrático: porque, siendo tribu la familia romana, la asociación nacional no podía ser otra cosa que la asociación de los jefes de esa tribu.

Reflexiónese, ahora, que esta es la primera vez que aparece en los tiempos antiguos el espíritu aristocrático sosteniéndose, sin contradicciones, en el espíritu público de una fuerte nación; y dedúzcase cuan poderosamente ha contribuido este hecho á introducir el jénio del Estado y de la Ley en el espíritu de la civilización occidental, que como se ha visto antes, carecía de ellos desgraciadamente.

Roma por participar un tanto de la civilización y cultura etrusca, luchaba ventajosamente, contra los bárbaros que la rodeaban; y por ser un tanto salvaje, luchaba contra los pueblos cultos que tenía á las inmediaciones. Llevando de frente con una energía particular estas dos guerras, y (¡cosa asombrosa!) realizando en su propio seno las revoluciones de que necesitaba para desenvolverse en una escala mayor, Roma comienza sobre la Italia un trabajo maravilloso de absorción. Arroja los Reyes de su seno, cambia de formas políticas, somete las tribus bárbaras, y logra al fin imponer su dominio sobre los cultos y semigriegos pueblos de la Etruria.

Fijese la atención en la coincidencia notable que voy á detallar: cuando Roma, representando el genio italiano, invadía el genio grego ó *pelásigo* de la Toscana (Etruria), era cuando la Grecia, desfallecida ya, consumida por exceso de juventud y de pasión, dejaba flotar las riendas del carro de la civilización que con tanta gracia y brillo había conducido; era cuando Alejandro se lanzaba sobre el Oriente, pulverizaba esa fastuosa y opulenta civiliza-

ción, pero moría un momento despues, dejando un amalgama impuro de pueblos y de espíritus opuestos, en vez de sociedad, y la mas horrible anarquía, en vez de Gobierno y Leyes.

¡Júzguese de las previsiones de Dios! Entónces era cuando Roma, es decir, la asociación convertida en fuerza y poder de hierro, se lanzaba con los brinco del león á las costas occidentales del Mediterráneo, de ese mar, foco eterno de la civilización occidental.

La empresa de conquistas y de absorciones en que se echaba el Pueblo-roi contra las ciudades griegas de la Italia, era entónces muy fácil; estas ciudades no podían ser auxiliadas por la Grecia, á causa del estado de aniquilamiento en que se hallaba. Solo una vez vino Pirro á defender á Tarento; pero ya era tarde, Tarento cayó: los Romanos aprendieron la disciplina griega, la perfeccionaron, y lograron hacer que Pirro mismo, el gran guerrero de la época, fuese á darlos á conocer por todas partes como una gran Nación.

Ahora pues, mientras que Roma absorbe la civilización occidental, seriamente comprometida en el Oriente, una colonia de la Fenicia (asiática por esto) sirve de refugio, en las apartadas costas de la Africa, á las tradiciones orientales y semíticas, que habían sido derrotadas en la Persia.

Los enemigos fugitivos de Alejandro, los ricos habitantes de Tiro y de Sidonia, y muchos otros hijos del Espíritu Oriental, vienen buscando abrigo (y lo encuentran) en la floreciente Cartago. ¿Qué significa esto? ¿Qué leyes son estas de la providencia, tan lójicas y tan maravillosas? Cuando parecía que la guerra iba á cesar, por la muerte de la Grecia y del Oriente, que, habiéndose tomado á brazo partido se han sofocado entre sí; y cuando parecía que el mundo iba á quedar indolentemente sumido en una languida barbarie, empezaban á brotar, de nuevo, ambas civilizaciones, depositando sus jérmenes en dos grandes pueblos, destinados á abrir una nueva lucha, por los mismos principios, con las mismas banderas, y al fin con el mismo resultado.

¿Se quiere mas? pues miremos en las cruzadas la continuación de la misma empresa: miremos á la Inglaterra, luchando por hacer triunfar el espíritu occidental en la mas vieja de las naciones orientales: miremos á la Francia, echándose sobre los descendientes de Anibal y de Augusto, y devorándoles su patrimonio, para convertirlo en bien europeo, en civilización occidental.

Pero esto, es traspasar mi objeto, y debo volver á él pronto; no sin valerme de esta digresion, para mostrar cuanto tienen de griegos y de romanos los pueblos modernos. Son los hijos, que reclaman á mano armada la herencia que sus padres les dejaron.

El verdadero grito de la guerra y de la filosofía occidental ha sido, desde entónces hasta nuestros dias — ¡Muera todo lo que es oriental!

Los ingleses en Asia, los franceses en Africa, luchan con este fin, pero es preciso confesar que tienen trabajo para muchos siglos todavía, porque como dijo el poeta:

Tant de molis erit Romanum conderere gentem!

Vuelvo á Roma.

La tenemos ya dueña de la Italia. Sin dejar de ser italiana, comienza á experimentar una fecunda transformación; el espíritu griego de la Etruria, que se ha abrigado en su seno, principia á trabajar sobre sus elementos sociales, y á desenvolver las semillas de una poderosa civilización.

Roma ha vencido á toda la Italia; pero, al mismo tiempo,

ha traído los habitantes de los pueblos mas cultos al recinto de sus murallas y los ha fundido en la asociación: de modo, que á medida de conquista, ensancha la asociación política de la ciudad, y estiende lá base fundamental de su dominación y de su poder. No se contenta con esto, sino que establece colonias romanas, *municipios*, en todos los puntos que quedan vacíos por la traslación, que hace á su seno, de las poblaciones vencidas: así es, como vuelven romanos los territorios conquistadores, y romanas las generaciones que suceden á las generaciones vencidas. Ya se vé si tenía razon al decir que este pueblo iba á ser el Demonio de la política.

Pero no todo lo fundia en la asociación civil: de sus victorias hacia otra parte de hombres, que dejaba fuera de todo derecho, y que adjudicaba, como esclavos, á sus patricios agricultores; por consiguiente esta clase miserable cubría las campañas italianas.

Los Patricios, los Ricos, los Plebeyos y los Esclavos, eran en resumen, los verdaderos elementos que componían la Asociación Romana. El pueblo y los esclavos eran dos clases terriblemente oprimidas: vamos á ver de que manera.

Como la agricultura era la industria fundamental del primitivo pueblo romano, se hacia sentir en la sociedad una constante necesidad de aumentar las propiedades territoriales. La aristocracia, que estaba á la cabeza del gobierno, y que era clase dominante, era tambien la que sentía mejor esta exigencia, y la que empleaba los medios oportunos de satisfacerla, Roma; pues, se hacia dueña de las tierras conquistadas, y las repartía entre sus soldados, que eran como sus mismos ciudadanos, plebeyos. Mas, como estos eran pobres y carecían necesariamente de los medios de labranza, y del capital que siempre es necesario emplear en los trabajos de la agricultura, se veían obligados á tomar dinero de los ricos; con las fuertes usuras á que la concurrencia misma elevaba el valor del capital.

La industria de los pobres nacía así, desde el primer instante, agoviada bajo el peso de una terrible necesidad. No era esto solo lo que los oprimía: no bien acababan de sembrar, cuando eran arrastrados á nuevas guerras, á nuevas expediciones; de manera, que para pagar sus deudas, tenían que entregar sus propiedades ó que venderlas á los ricos acreedores. ¡Ay del plebeyo que no tenía con que pagar! El noble, le ponía al cuello la cadena de la esclavitud, y lo hacia siervo, hasta que se rescataba con su trabajo personal.

Las leyes de la *Doce Tablas* manifiestan bien cuan frecuentes eran los casos de este género en la República Romana. La miseria del pueblo llegó á ser tal, que los padres mismos vendían á sus tiernos hijos para comer, y para pagar.

Los esclavos, por otra parte, que eran numerosísimos, constituían una clase verdaderamente miserable bajo todos aspectos, oprimida, y que por todo esto abrigaba un ódio profundo, inestinguible contra sus amos.

La aristocracia comprendía muy bien la posición del Estado. Puesta en la necesidad de oprimir, desenvolió un espíritu legislativo singular. Este resultado es propio de toda aristocracia: todas ellas son eminentemente legislativas, porque se ven obligadas á tocar los resortes mas propios para producir una opresion legal: los Estados que sienten semejante necesidad, de un modo constitucional, echan mano de la ley, y buscan con ella el modo mejor de establecer reglas fijas de despotismo, apoyando

«mas de nuestros productos artísticos y manufactureros; «es el Estado quien recompensa á los criadores de ganados y á los armadores de buques peleadores. Todo esto cuesta mucho, y por lo mismo es un impuesto que todo el mundo paga: *todo el mundo*, entendido bien! ¿Y de ello que bien directo reporta el pueblo? ¿Que le importan á él ni vuestros porcelanas, ni vuestros tripes, ni vuestras exposiciones? El principio pues de resistir á todo lo que vosotros llamais estado impulsivo (*d'entrainement*) se concibe fácilmente; por mas que aun ayer hayais votado primas para el lino; se le concibe. pero á condición de consultar á los tiempos y sobre todo á condición de mostrarse imparciales.

« Si es cierto pues, que por todos éstos medios que acabo de indicar, el Estado *aparece* hasta hoy, yendo mas directamente al encuentro de las necesidades de las clases pudientes que al de las clases menesterosas, es preciso que tal *aparición desaparezca*. ¿Cómo se hará esto? Cerrando las manufacturas de los Gobelinos y proserbiendo nuestras exposiciones? Seguramente no; pero sí, dando al pobre su parte en esta distribución de las riquezas. »

En ésta larga enumeración de favores acordados á algunos á espensas de todos, se habrá podido notar la estrema prudencia con que Mr. Mimerel, ha dejado en las sombras, los favores aduaneros, por mas que ellos sean la mas explícita manifestación de la espoliación legal. Igual reserva se han impuesto todos los oradores que le han apoyado ó contradicho.

« Es ser muy hábiles! Probablemente esperan al *dar al pobre su parte en esa distribución de beneficios* salvar la gran iniquidad de que estan aprovechando y de la cual no dicen palabra.

Se engañan. ¿Creen por ventura que despues de haber realizado la espoliación parcial por medio de las instituciones de aduanas, otras clases no querrán á su vez, realizar la espoliación universal por medio de otras instituciones? Conozco el sofisma que para el caso tienen Vdes. siempre pronto; Vdes. dicen:

Los favores que la ley nos acuerda no son para el industrial sino para la industria. Los provechos que ellos nos permiten levantar á espensas de los consumidores; no son otra cosa que un depósito colocado en nuestras manos.

« Nos enriquecen, es cierto, pero nuestra riqueza colocándonos en situación de hacer grandes gastos y de dar vuelo audaz á nuestras empresas, recae como un rocío fecundante sobre la clase trabajadora. »

Tales son vuestras razones: y lo que yo mas deploro es que vuestros miserables sofismas han pervertido de tal modo el espíritu público que se les invoca hoy en apoyo de los procedimientos de la Espoliación legal. Las clases menesterosas dicen á su vez:

« Dejados aprovechar legislativamente del bien ageno: «Así, teniendo con que, compraremos mas trigo, mas carne, mas paño, mas fierro etc. y lo que por medio del impuesto hayamos recibido, recaerá, como *Huvia bien* hechora sobre los capitalistas y sobre los propietarios. »

Pero ya lo he dicho, por hoy no quiero discutir las consecuencias económicas de la espoliación legal. Cuando los Sres. proteccionistas lo quieran me encontrarán pronto á examinar sus « *sofismas por tres tablas* » que por otra parte se prestan y pueden ser invocados para los robos y fraudes de todas clases.

Limitémonos por hoy á los efectos políticos y morales que produce el cambio legislativamente privado de liber-

dad. El tiempo ha llegado, digo, de saber qué es la ley, ó por lo menos lo que debe ser.

Si quieren Vdes. que la ley sea para todos individuos el *paladium* de la propiedad y de la libertad; si ella no es otra cosa que la organización del derecho individual de legítima defensa, funden Vdes. basado en la justicia, un Gobierno racional, simple, económico, que todos comprendan, amado por todos, útil á todos, sostenido por todos, con una responsabilidad perfectamente definida y lo mas limitada posible dotándolo de una solidaridad inquebrantable.

Si por el contrario se hace de la ley un instrumento de espoliación en interés de algunos, desde luego todos querrán hacer la ley, y en seguida todos querrán hacerla en su provecho. De aquí vendrá el tumulto á las puertas del palacio legislativo, y habrá lucha encarnizada en el interior, anarquía en los ánimos, naufragio de toda moralidad, violencia en los órganos de los intereses, ardientes luchas electorales, acusaciones, recriminaciones, celos, odios inextinguibles, fuerza pública puesta al servicio de las rapacidades y de las injusticias que debiera contener y reprimir; confusión de las nociones de lo verdadero y de lo falso en todas las inteligencias y confusión igual de las nociones de lo justo y de lo injusto en todas las conciencias, un Gobierno responsable de todas las existencias que plega bajo el peso inmenso de tal responsabilidad: convicciones políticas, revoluciones sin fin, ruinas sobre las cuales vendrán á posarse todas las formas del socialismo y del comunismo; tales son las plagas que pueden dejar de desencadenarse con la perversión de la ley.

Tales son por consiguiente Sres. prohibicionistas, las plagas á que habeis abierto las puertas, al servirlos de la ley para ahogar la libertad del cambio, es decir para ahogar el derecho de propiedad. No declameis contra los socialistas; vosotros lo sois. No declameis contra los comunistas; vosotros lo sois.

« Y es á nosotros los economistas, á quienes piden Vds. que les construyan una teoría que los justifique y les dé la razon? ¡Pardiez! hacella vosotros mismos si podeis.

FIN.

Historia de la Tierra.

Todo lo que vive en el Universo tiene por ley esencial modificarse, renovarse, reproducirse; el tiempo se lleva en su misteriosa fuga *todo lo que ha sido, para que todo lo que es se levante sobre el pedestal del presente*; pero el observador desentierra los restos que desparrama ese eterno fugitivo, los compara, los coordina y llega hasta reconstruir moralmente lo que desde muchos siglos es una ruina y lo que es imposible físicamente reconstruir.

Este trabajo es tan instintivo que ha debido practicarse desde que la humanidad tuvo un pasado; la tradición doméstica, primera historia humana, ha debido empezar desde que la memoria estuvo enriquecida con los recuerdos de los primeros hechos; la tradición ha debido ser el alimento intelectual de los primeros hombres, como que ha debido responder á la primera transición de la vida, operada al separarse una generación de la que le seguía, y la primera transición ha debido ser la primera impresión que motivase la atención, la reflexión y el raciocinio. Así es que el estudio de la historia, en cuanto demuestra la sucesión de transiciones por que ha pasado la humanidad, es el que desarrolla mas completamente las facultades del alma, y si se hace razonadamente, no para imitar de un modo servil los hechos pasados, sino para comparar sus resultados con los esfuerzos hechos para conseguirlos, este estudio es el que resume á todos, donde todas las ciencias y artes se reflejan en la parte de mayor aplicación que es la experiencia. Cuanto mas la historia toma el caracter de la tradición es mas perfecta, por que esta se hacia en las discusiones motivadas para la empresa que queria acometerse y por lo tanto cada uno aducia un hecho que creia recordar, cada uno lo contradecía ó negaba su aplicación; es de estas discusiones bajo la sombra del árbol sagrado ó de la tienda militar que surja sancionada la *verdad tradicional*, esa historia viva, trabajada, criticada. El historiador hoy, ante un cúmulo de precedentes de la mayor consideración, ante la rigidez de los conocimientos antiguos, tiene sin embargo que seguir el método instintivo con que los primeros hombres trabajaron las tradiciones, y las detestables crónicas que artificialmente se han escrito por los eruditos que han desdenado ese método, no son confirmadas por esa verosimilitud que al traves de los siglos reclama la inteligencia para dar ascenso á la relación, — separándose así toda la verdad que existe en la tradición social y toda la mentira de la tradición individual, como las tinieblas se separan de la luz.

Del mismo modo sucede con la historia de la tierra, de este ser vivo en cuyo seno palpitante vive á su vez la humanidad — ¡Cuán ajenos estarían los que quisieron legarnos la tradición de sus erróneas concepciones sobre la tierra, de que algunos millares de siglos despues, la ciencia segura de sus descubrimientos, habia de desmentir esas inverosimilitudes apesar de resguardarse en el caracter sagrado de la religion! El libro cuya traducción se acaba de dar á luz por la imprenta en que se publica este periódico, viene á vulgarizar en el pueblo esos descubrimientos de la ciencia para reconciliar la tradición con la verdad, como los tratados de la historia política lo han hecho ya con la verosimilitud desconocida en la fábula.

Es con razon que se hace pertenecer á la *Biblioteca útil* este libro, por que no solo sacará al pueblo de la ignorancia en que vive respecto á ciertos fenomenos físicos, sino por que le dará la base de algunas aplicaciones necesarias para el progreso de las artes, y para utilizar mejor sus trabajos en la agricultura, minerología, etc., por que aunque escrito compendiadamente encierra todos los puntos esenciales que se refieren á las ciencias naturales. Como lectura, la Historia de la Tierra, no solo es instructiva y utilísima á todos, aun á los que se ocupan en los mas humildes oficios, sino del género mas ameno y recreativo que puede darse. Esa narración, justificada con pruebas fehacientes, de las transformaciones que ha sufrido la tierra, de sus etapas de formación, es tan interesante que aviva el deseo de estudiar todos los ramos que se relacionan con la astronomía y con la geología — Además, no creemos que pueda haber novela alguna que sea mas amena y recreativa, por que la imaginación del hombre nada puede inventar que compita con la imaginación divina reflejada en esas peripecias de nuestro globo — En este libro todo es poesía y todo es verdad; todo está realizado bajo nuestros pies y al rededor nuestro, y sin embargo todo parece un brillante sueño.

En nuestros territorios donde la naturaleza está aun intacta por la mano del hombre, los conocimientos de este estudio, que tan facilmente puede hacer el que guste, son de una constante aplicación — Nuestro Museo, donde ya existe la osamenta fósil de un *Megaterium*, hallado á inmediación del arroyo de Canelones y extraido por el Dr. Vilardebó, puede ser enriquecido, con muestras de sustancias terreas, que servirán en adelante para constatar el caracter y condicion de nuestro suelo, y cada ciudadano puede ser apto para apreciar esas sustancias, nada mas que estudiando detenidamente el precioso librito que se pone á su disposición.

Felicitemos pues, al Editor de la « Biblioteca útil » por la buena elección de las obras que piensa dar á luz y por haberla empujado por la « Historia de la Tierra » que es la base de los demás conocimientos ó incitamos al público á que adquiera esta clase de obras que solo exigen leer las primeras páginas para despertar el gusto por todas, pues mas bien que *Historia es el Poema de la Tierra*.

Sentimos que en esta ocasión nos falte tiempo para estendernos sobre el fondo de la obra pero lo haremos despues, con mas descanso.

X.

El Bandido.

Prolem sine matre creatam.
ovido.

XVII.

Los últimos sucesos que hemos referido, como recordará el lector, pasaron en la estancia de Pascual, situada en uno de los valles inmediatos á la sierra que une los Departamentos de Minas y Maldonado y que es la mas considerable ramificación de la gran serranía que atraviesa todo el territorio de la República. Mirada á la distancia, esa línea de cerros y de colinas, que sigue los mas graciosos contornos, parece una población con sus torres y campanarios, elevándose en medio de frondosos jardines, sobre todo, cuando el sol prepara la aurora con sus lejanos reflejos ó cuando la noche se anuncia con su misterioso crepúsculo.

A medida que el observador se acerca á sus ondulaciones, parece que estas se van abatiendo para hacer cómodo el tránsito, y la vegetación vá haciéndose mas rara, para que los minerales se ostenten con la majestad que los siglos les han impreso. — Cualquiera creerá que la sierra concluye allí; que aquellas cumbres pedregosas rematan una obra de la naturaleza, y que esa masa no encierra otra cosa que observar. Pero apartándose de los lugares donde el tránsito es practicable, penetrando en ciertos parajes en que los arbustos, las matas y enredaderas tapizan las mas escarpadas faldas, se descubren perforaciones ó conductos, lijeramente aclarados por un rayo de luz, que logra penetrar despues de haberse quebrado entre las hojas de las plantas, ó completamente oscuros en algunos parajes, en que plantas y piedras interceptan del todo aun ese pálido vislumbre. Algunos conocen á donde conducen esos difíciles caminos, por que han ido á buscar allí, esa noche en medio del día, esos techos en medio del desierto, disputando á las fieras la secular guardia donde se han reproducido desde los primeros tiempos de la creación; algunos dejando tras sí las matas, la oscuridad y el precipicio para proteger su fuga, han penetrado en valles donde no se habia estampado otra huella que la de esas fieras y han hallado allí por un instante la tranquilidad, sintiéndose al abrigo de los hombres, para perderla pronto al sentirse

ciese hacer en Domfront un uniforme de zaavo de paño fino, á cuyo efecto le llevó el mismo al taller de uno de los mejores sastres. La colocacion de los diez mil francos de Torcheton se realizó, como igualmente la entrega de los ciento cincuenta mil francos al cura con destino á la reparacion de la iglesia, y á la edificacion del hospital. Las cajas del ajuar y presentes habian llegado. A escepcion de las que contenian las galas de boda, que el general reservaba para el último momento, las demas fueron abiertas con alegria de Elfy que perdonó al general sus anteriores ocurrencias y con satisfaccion de los demas, especialmente de los niños que ayudaban á arreglar todo con exclamaciones de alegria.

De tiempo en tiempo y so pretexto de tomar el aire, el general corría á la posada de Bourmier — La posada parecia un hormiguero; los obreros eran mas numerosos que antes y trabajaban con una rapidez creciente.

La señora Blidot se inquietaba al aproximarse el dia designado para la boda, sin que se hubiese hecho preparativo alguno. Cuando habia querido ocuparse de ello, el general se lo habia impedido.

— Pero general, insistia aquella, ¿no es preciso que al menos se preparen mesas, vajillas, refrescos, iluminaciones?

— Muy bien, mi querida amiga, respondia aquel; tranquilizaoz que todo eso corre de mi cuenta.

— Pero por el amor de Dios, general, dejadnos hacer nuestras invitaciones, pues de otro modo nos haremos de tantos enemigos como amigos tenemos actualmente.

— Bah! bah! — no penseis en eso — Yo soy quien arreglo, invito, etc. etc. — Dispensadme amiga mia, pero tengo necesidad de salir y de tomar aire.

Y el general se dirigió apresuradamente á lo de Bourmier — Los obreros habian concluido su mision — Acababan de levantar y fijar sobre la puerta principal una gran muestra, enteramente cubierta y oculta por una espesa tela — Muchas personas, atraidas por la curiosidad se habian agrupado en frente de la muestra — El general se aproximó al grupo con aire indiferente —

— ¿Qué es eso? preguntó — Qué representa esa muestra cubierta?

— No lo sabemos general, respondió uno que como otros muchos le conocian ya. Pasan cosas muy singulares en esta posada, desde hace ocho dias.

— Será con motivo del proceso, aventuró el general.

— Eso dicen algunos, observó una mujer — Suponen que los Bourmier van á ser condenados á muerte y que se prepara la posada para que la ejecucion tenga lugar en la habitacion en que hubieron de ascinaros, general.

El general logró comprimir las ganas de reir que le asaltaron. Agradeció los datos que le habian dado y continuando su paseo, entró á la posada por los fondos, sin ser visto de nadie. Aprobó todo y despues de animar á los que preparaban diversas cosas en el interior, se evadió sin ser apercebido de los habitantes de Loumigny.

La madre.

La madre, es sí, el tema que tomamos para reposar sobre él nuestros pensares y darles cuerpo, é immortalizarlos, por medio de la palabra escrita.

Immortalizarlos? — A nada menos aspiramos. ¿Porqué no? — O vivimos en medio de una sociedad cuyos hombres sin distincion de edades — la juventud en primer

rango — saben apreciar el espíritu que á nuestra pluma guia y entonces, nuestros conceptos serán aplaudidos y por consecuencia consagrados, ó no siendo asi, adquiriremos una superioridad incontestable al elevar nuestra voz para anoadnar al ingrato que á esa sociedad ultraje, al despreciar la inspiracion de amor con que alma naturaleza inundó el pecho donde late el corazon de madre.

La madre! Tema es ese para escribir, que otro mas fecondo en bellezas que á la humanidad enaltescan, no se presentará no, al espíritu de mas atrevida concepcion.

La madre, es al hijo, á la familia, lo que la Providencia divina es al universo — Su amor es acendrado, perpétuo é imperecedero, como el amor que á la creacion incuba y ameniza la existencia de los seres.

El amor de madre se hace perceptible al hombre, desde que éste, impotente, se agita en su regazo. El amor de madre guia sus primeros pasos, en zozobranate cauteloso anhelo. El amor de madre se manifiesta en elevada esfera, cuando de su labio se desprenden las primeras palabras nobles que el oido del hombre hieren — En el amor de madre residen la moral y la razon en ejercicio y solo pudo comunicarse, en su acendrada esencia, al soplo misterioso de ignota, bienhechora Providencia — Amor de madre sigue, con indeleble recuerdo al espíritu inmortal del hijo, que se lanzó á los espacios en busca del foco que á la materia anima!

Sublime dotacion fué la del amor con que alma naturaleza distinguió á la madre!

Preguntad á ese hijo digno, en que consisten los gozes mas nobles de su vida y os contestará: « En el amor que mi madre me profesa ».

« Y siendo tan benéfico ese amor os sentís impulsado á corresponder á él? »

« Difícil cosa es, pero procuro concentrar todas las facultades de mi alma, para vencer la dificultad! »

El amor de madre, inteligente y cuasi profético como es, prepara el espíritu del hijo para recibir las prescripciones que forman el buen ciudadano.

Los buenos ciudadanos constituyen el honor y la gloria de la Pátria — Luego, gloria y honor, en su origen, fueron emanaciones del amor de madre!

RODOLFO.

La Libertad.

Á NICE

(Traduccion de Metastasio)

Dedicada á la Señoría P. A.

Merced á tu perfidia
Al fin respiro, oh Nice,
Al fin de un infelice
El Dios tuvo piedad!

El alma mia quiebra
Su cruenta ligadura;
No es sueño mi ventura,
No sueño libertad!

Amortiguóse el fuego
Y está tranquilo el pecho,
Ni sombra de despecho,
Reemplaza á la pasion.

Quando hoy tu nombre escucho
No cambio de semblante
Ni á tu mirada amante
Ya late el corazon.

Ya no eres el objeto
De mi dorado sueño;
Despiértome risueño,
No es tuyo mi pensar.

Me alejo y no me sigue
Punzante sentimiento,
Que junto á ti no siento
Ni dicha, ni pesar.

Sin emociion escucho
Tu fama de hermosura,
Recuerdo mi amargura
Sin cólera ni afan.

Turbado no me siento
Si vienes á mi lado,
Y hablar de tí me es dado
Hasta con mi rival.

Ya míreme enfadada,
Ya me hables con dulzura,
Son vanos, criatura,
Tu enojo ó tu atencion.

Perdieron ya su imperio
Los dulces labios rojos,
No saben ya tus ojos
Llegar al corazon.

Lo que hace mi destino
De duelo ó de ventura,
No es ya, no, tu ternura,
No es ya, no, tu rigor.

El prado y la floresta
Disfruto hoy en tu ausencia,
No escape á la inclemencia
Merced á tu favor.

Escúchame sincero:
Aun me pareces bella,
Mas ya no eres aquella
Belleza sin igual.

Verdades no te ofendan,
Que en tí noto ahora, vivos,
Defectos que atractivos
Ayer llegué á adorar.

Oye — al romper tus lazos
Confieso vacilaba,
Mi corazon temblaba,
Y aun me creí morir.

Mas por salir, ya libre,
Del insondable abismo,
Volviéndome á mi mismo,
Bien pude así sufrir:

Un pájaro que incauto
A veces, se aprisiona,
Las plumas abandona
Mas sale en libertad.

Mas tarde aquellas, plumas
Recobra, y la prudencia
Fruto es de la experiencia
Difícil de engañar.

Yo sé que tu no creés
El fuego aquel estinto,
Porqué el desden te pinto,
Mas no puedo callar.

A hablar me exita, Nice,
Impulso no sabido
Que lleva al que ha sufrido
Sus riesgos á evocar.

Despues de la batalla
Fatidica y siniestra,
Así el guerrero muestra
Su intenza cicatriz.

Recuerda así el esclavo
Ya libre de su pena,
La bárbara cadena
Que ayer llevó infeliz.

Hablo, mas hablo solo
Por que el hablar no cuesta,
Y sin saber sí presta
Nícé á mis voces fé.

Hablo mas no pregunto
Si llega á tí mi acento
O en brazos del contento
Te burlas como ayer.

Dejo la infiel; tú pierdes
Un corazon sincero,
No sé de ambos, primero
Quien se consolara.

Yo sé que un fiel amante
No encuentra la traidora,
Aunque otra engaña dora
Muy facil es hallar.

1863.

Poesía.

El Sr. D. Pedro J. Varela nos pide la publicacion de la poesia siguiente que ha tomado del Album en que fué colocada, valiéndose de la amistad que lo liga al autor y en justo homenaje á la señorita que la ha inspirado.

Le cedemos con gusto un espacio en nuestro periódico y no nos detenemos en su apreciacion porque el juicio que ya hemos formado de una poesia del Sr. Ramirez puede ser extensivo á todas las demas, brillando en ellas la inspiracion verdadera que es la cualidad esencial de toda poesia.

No nos satisface tanto, sí, embargo, esta composicion, como la que anteriormente hemos publicado, y hallamos en ella lunares que sin duda el autor será el primero en no-

tar. Esos lunares, empero, no empañan su belleza, porque hay defectos que están revelando al poeta:

A. DE V.

A CHELA

EN SU ALBUM.

No es cierto, niña, que la aurora humana
Sea una edad de dicha, de alegría,
De encantos y de flores.
No es cierto, no, que en juventud temprana
Al virgen corazón todo sonría
Con májicos colores.

Todo es hermoso á la primer mirada!
El sol apareciendo en lontananza
Con rayos purpurinos!
La brisa de ilusiones perfumada,
Y el alegre cantar de la esperanza
Con armoniosos trinos!

Pero ¡ay! el sol naciente de esa aurora
Se llama la esperiencia. . . Luz que mata!
Inadiación sombría!

Él disipa la flor perfumadora
Y la algazara de las aves grata
Con su mirada impía.

Vive el alma de sueños coronada,
Y dilata sus sueños al espacio
Con cándida sonrisa.
Nace el sol! y en la tierra iluminada
Donde esperaba ver, blanco palacio
Un férreo divisa.

Esa es la aurora del vivir risueña!
Sentir así de validad pesada
El yugo en nuestro cuello!

Esa es la aurora con que el hombre sueña,
Esa es la tierra del placer regada,
Banquete de lo bello!

Y tu disfrutas de él; y dime — acaso,
Aun no empañó tu faz el tierno lloro.
De las primeras penas?

Acaso el sol, en su quemante paso
Aun no agostó tu pecho, ese tesoro
De amor y de azucenas?

Responde. No es verdad, ángel de amores,
Que algun rayo ha perdido de tu frente
La luz encantadora?

Confesalo sin cándidos temores. . .
La vida es llanto. . . corazón que siente,
Es corazón que flora!

Di que has perdido una ilusión risueña
Al encontrarte con el mundo frío,
El mundo indiferente,

Como la mar con la soberbia Peña,
Como el águila audaz con el vacío,
Como con Dios, la mente

Dijo y eleva con orgullo canto,
Despreciando del mundo la alegría,
Tu frente al hacedor:

Dilo y escucha el amistoso canto:
Que ausente de su patria á tí te envía
Un pobre sodador!

II.

Si quieres en la tierra, cruzar immaculada,
Purísimas las alas, la frente coronada,
Con la diadema santa, del ángel del Señor;
Conserva en el santuario, de tu alma delicada,
Tus sueños ideales, tu cándida ilusión.

Si todo en esta tierra maldita es impureza
Si todo al fin, perdiendo la cándida pureza
Se mezcla con el polvo, gravita al lodazal,
Que la muger al menos, la flor de la belleza,
Conserve su bendito, perfume virginal.

Cecilia, sueña siempre! Los sueños delicados
Son Brisas peregrinas, de nuestro eden que fué.
Tus sueños algun día, veránse realizados. . .
En donde? Eso no importa. . . quizás en el eden.

CARLOS MARIA RAMIREZ.

Buenos Aires, Enero 1° de 1865.

La resignación.

IMITACION.

— Qué es lo que haceis en indolente lecho
Con los brazos cruzados, é inclinada
La desnuda cabeza sobre el pecho?
— Ah! mi vida en dolor se halla anegada!

— Pues un doble infortunio mas ingrato
Si no podeis remedio ya, os espera.
— Cúmplase de los cielos el mandató,
Que es la resignación mi compañera.

— La voluntad del cielo justiciero
Pretende que llenéis con heroísmo
Vuestros deberes solo, y el primero
Consiste en no entregaros á vos mismo.

Qué es lo que al fin, al fin, sucedería
Si todos los que viven desgraciados,
Se detuvieran en su triste vía,
Como decís vos mismo, resignados?

No! la resignación es diferente
Del entorpecimiento y la indolencia;
Ella es la calma en el dolor creciente,
La sumisión á justa omnipotencia.

Pero es también, y con mayor vehemencia,
Resolución, que la firmeza eleva,
De investigar si aqueja omnipotencia
Dará vigor á una esperanza nueva.

Alza la frente, misero aflijido,
Resignación, en se sublime no sobre,
Es el noble valor del elegido,
La voluntad, que dignifica al hombre.

Sumario.

La Historia antigua en sus rasgos capitales, continuación, por el Dr. D. Vicente F. Lopez — Sesiones Económicas, conclusión, por Bastiat, traducida por un Estudiante de Economía Política. — Historia de la Tierra, por X — El Bandido, continuación, por X — Los Infieles, comedia en un acto, traducida y arreglada para El Iris — La Hosteria del Ángel Guarán, continuación — La Madre, por Rodolfo — La Libertad, á Nice, poesía de Metastasio — Varias materias